

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 20 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La Patria de la Justicia*, por Pedro Henríquez Ureña.—*Por qué fué expulsado de México Simón Bolívar*, por Artemio de Valle-Arizpe.—*Ortega y Gasset, acusado*.—*Tres hechos*, por T. Esquivel Obregón.—*El grito*, por Emilia Bernal.—*Los retiros*, por Joaquín Quijano Mantilla.—*De un diario íntimo*, por Alberto Ureta.—*Unamuno en París*, por Francisco García Calderón.—*Réplica a los pesimistas*, por David F. Houston.—*Sonetas del campo*, por Carlos Préndez Saldías.—*La romanza del mal estudiante*, por Agustín Acosta.

La Patria de la Justicia

Palabras pronunciadas en el banquete (1) ofrecido al argentino CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE.

JUSTA es esta demostración de estima y aplauso cordial que ofrecemos a Carlos Sánchez Viamonte; justa, oportuna, consoladora, en estos tiempos de confusión y error, porque es voz de aliento para este hombre enamorado de la justicia, devoto del bien humano, y prenda de unión, de fe en los propósitos que lo animan.

No creo que ahora sea la ocasión de decir los méritos de Sánchez Viamonte como hombre de inteligencia y de acción; como amigos suyos y compatriotas los más, todos lo conocéis mejor que yo; y no juzgo cosa delicada decir largos elogios frente a frente de aquel a quien queremos celebrar. Sólo quiero recordar que este defensor incansable de causas justas no las escoge pensando ni en el prestigio que hayan de darle ni en los inconvenientes que le acarreen; y lo mismo pone su hombro a las empresas magnas, donde la gloria es alta aunque tardía, que a las pequeñas donde no hay otro aliciente sino el natural impulso de la honradez y el decoro o el urgente apremio de poner fin a oscuras iniquidades ante las cuales cierran sus ojos tantos hombres eminentes, temerosos de comprometer la «situación adquirida» o sordos y empedernidos en el ambiente espeso de la prosperidad.

En magna empresa anda ahora empeñado Sánchez Viamonte: me refiero al plan del Congreso intelectual de la América española; y en la difusión de la idea se ocupó durante el reciente viaje (2) cuya terminación nos sirve de pretexto feliz para reunirnos esta noche. Y si llamo empresa magna al Congreso intelectual, cuya idea ha surgido de muchos lados juntamente, como cristalización de aspiraciones difusas, no es porque tenga yo excesiva fe en las conferencias internacionales; no: espero que los resultados apetecidos nazcan, no de las sesiones que celebre el Congreso, sino del constante trabajo de

las innumerables comisiones locales que se organicen para antes y después de las reuniones plenarias.

Concebido así, el Congreso intelectual de la América española, viviente en la multitud de sus ramas, con la vida tenaz y rica del ahuehuete o del ombú, serviría para ayudarnos a cobrar conciencia, nuestra conciencia de pueblos con destinos universales. Desanudemos la franqueza: nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea. ¡Y no siempre ha sido así! Es verdad que nuestra independencia fué estallido súbito, cataclismo natural: no teníamos ninguna preparación para ella; pero es inútil lamentarlo ahora: vale más la obra prematura que la inacción; y de todos modos, con el régimen colonial de que llevábamos tres siglos, nunca habríamos alcanzado preparación suficiente: Cuba y Puerto Rico son pruebas. Y con todo, Bolívar, después de dar cima a su ingente obra de independencia, tuvo tiempo de pensar, con la chispa genial de siempre, los derroteros que debíamos seguir en nuestra vida de naciones hasta llegar a la unidad sagrada. Paralelamente, en la campaña de independencia, o en los primeros años de vida nacional, hubo hombres que se empeñaron en dar densa sustancia de ideas a nuestros pueblos: así, Moreno y Rivadavia en la Argentina. Después... Después se desencadenó todo lo que bullía en el fondo de nuestras sociedades, que no eran sino vastas desorganizaciones bajo la apariencia de organización rígida del sistema colonial. Civilización contra barbarie, tal fué el problema, como lo formuló Sarmiento. Civilización o muerte, eran las dos soluciones únicas, como las formulaba Hostos. Dos estupendos ensayos para poner orden en el caos contempló nuestra América, aturdida, poco después de mediar el siglo XIX: el de la Argentina, después de Caseros, bajo la inspiración de dos adversarios dentro de una sola fe, Sarmiento y Alberdi, como jefes virtuales de aquella falange singular de activos hombres de pensamiento; el de México, con la Reforma, con el

(1) La noche del sábado 7 de marzo pasado, en La Plata.

(2) En trato con los círculos universitarios de Chile y el Perú.

grupo de estadistas legisladores y maestros, a ratos convertidos en guerreros, que se reunió bajo la terca fe patriótica y humana de Juárez. Entre tanto, Chile, único en escapar a estas hondas convulsiones de crecimiento, se organizaba poco a poco, atento a la voz magistral de Bello. Los demás pueblos vegetaron en pueril inconciencia o padecieron bajo afrentosas tiranías o agonizaron en el vértigo de las guerras fratricidas: males pavorosos para los cuales nunca se descubría el remedio. No faltaban intentos civilizadores, tales como en el Ecuador las campañas de Juan Montalvo en periódico y libro, en Santo Domingo la prédica y la fundación de escuelas, con Hostos y Salomé Ureña; en aquellas tierras devoradas por la cizaña, daban frutos escasos; pero ellos nos dan la fe: ¡no hay que desesperar de ningún pueblo mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien!

Al llegar al siglo xx, la situación se aclara, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces sólo en la red económica, otras en doble red económica y política; los demás, aunque no escapan del todo al mefítico influjo del Norte, desarrollan su vida propia, en ocasiones, como ocurre en la Argentina, con esplendor material no exento de las gracias de la cultura. Pero, en los unos como en los otros, la vida nacional se desenvuelve fuera de toda dirección inteligente; por falta de ella, no se ha sabido evitar la absorción enemiga; por falta de ella, no se atina a dar orientación superior a la existencia próspera. En la Argentina, el desarrollo de la riqueza, que nació con la aplicación de las ideas de los hombres del 52, ha escapado a todo dominio: enorme tren, de avasallador impulso, pero sin maquinista... Una que otra excepción, parcial, podría mencionarse: el Uruguay, por ejemplo, por su orgullo de enseñarnos unas cuantas leyes avanzadas; y México, en particular, desde la Revolución de 1910, se ha visto en la dura necesidad de pensar sus problemas: en parte, ha planteado los de distribución de la riqueza y de la cultura, y a medias y a tropezones ha comenzado a buscarles solución; pero no toca siquiera a uno de los mayores en el orden económico: el de convertir al país de minero en agrícola, con lo cual echaría las bases de la existencia tranquila, del desarrollo normal no sujeto a los aleatorios caprichos del metal y del petróleo.

Si se quiere medir hasta dónde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de estado, piénsese—piénsese cualquiera de los presentes—en la opinión que expresaría cualquier político nuestro si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberle asestado la flecha destructora, una utopía. Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías ¿dónde encontrarán asilo? Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa, pero siempre tropezó allí con

la maraña profusa de seculares complicaciones: todo intento para deshacerlas, para sanear siquiera con gotas de justicia a las sociedades enfermas, ha significado—significa todavía—convulsiones de largos años, dolores incalculables. La primera utopía que se realizó sobre la Tierra—así lo creyeron los hombres de buena voluntad—fué la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido refugio para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fué convirtiendo en la factoría organizada para negocio de unos pocos. Hoy, el que fué arquetipo de libertad es uno de los países menos libres del mundo.

¿Permitiremos que nuestra América siga igual camino? A fines del siglo xix lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó: nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra incipiente vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fué oída, y sin embargo, no ha bastado para detenernos en la marcha ciega. Hemos salvado, en gran parte, la cultura, especialmente en los pueblos donde la riqueza alcanza a costearla; el sentimiento de solidaridad crece; pero descubrimos que los problemas tienen raíces profundas.

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; si hay algún propósito central que sirva como eje, todo lo utópico que se quiera, para el Congreso intelectual y todas sus ramas, ese debe ser; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fué la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable. El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de la justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al diletantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, oponemos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus joyas de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y, por desgracia, esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que esta sea la tierra de pro-

misión para la humanidad cansada de buscarlas en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad en que por primera vez se cumple «la emancipación del brazo y de la inteligencia».

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, de innumerables hombres modestos, de entre los cuales surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores: si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneros, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Amigos míos: a trabajar. Amigo Sánchez Viamonte: a trabajar.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Dr. Sánchez Viamonte.

«Amigos y compañeros: Sé que tengo fama, bien ganada por cierto, de ser excesivamente locuaz. Hasta se me ha dicho que hablo por mí y me contesto a nombre del interlocutor; por lo que he decidido realizar esta noche «el enorme sacrificio» de dejaros hablar escuchando con silencioso recogimiento.

«Afirma Rabindranath Tagore que «el pensamiento se come sus propias palabras y así crece», pero pudo agregar que el sentimiento florece en las palabras y dá su fruto en la acción. En esa enmienda encuentro mi consuelo, refugiándome en la creencia interesada y arbitraria de que no le robo alimento a mi pensar, si dejo abierta la válvula cordial de mi sentir.

«Valga el ágape fraternal que nos congrega, para quebrar, siquiera sea un instante, el inexplicable aislamiento que ordinariamente nos separa, y sea este homenaje a nuestras aspiraciones comunes un íntimo convenio de activa y combatiente solidaridad, en la que cada personalidad individual, pueda refundirse y confortarse con la fresca hospitalidad de las otras, asistidas todas por la reciprocidad armoniosa del esfuerzo concertado y fluyente hacia el bien común.

«Nada significa mi gratitud a título personal que ya tenéis; os prometo la de nuestros compañeros y amigos de las naciones del Pacífico que visité, para cuando haya triunfado sobre nuestra apatía, siempre liberal y generosa pero apatía al fin, el impulso resonante de nuestra amistad efectiva en la lucha.

«Nada he hecho que merezca el honor excesivo de vuestro homenaje, que recojo sólo para ofrendarlo a la unidad de América latina a que aspiramos, como un hermoso ramillete de flores, doblemente grato para mí, porque tiene el íntimo perfume local de mi ciudad,

que será, sin duda, para todas las otras, como el hábito fresco y renovador con que la mañana nos anticipa su gloriosa dádiva de un día luminoso y feliz».

(El Argentino, La Plata, República Argentina).

DEL TIEMPO PASADO

Por qué fué expulsado de México Simón Bolívar

Al Bachiller don CARLOS PELLICER Y CÁMARA.

SE hallaba el grave y pausado Oidor de la Real Audiencia, don Guillermo de Aguirre, oficiando ante una rebosante jícara de espumoso chocolate bien rodeada de bollos, de los dorados y fragantes que salían del convento de la Concepción, cuando le anunció su esclavo negro que allí estaba un joven que quería hablarle, que ya lo había hecho entrar en la asistencia y que por su uniforme militar se sacaba que no era de estas tierras.

Terminó el señor Oidor su sabrosa merienda y fué lentamente hacia la asistencia para ver de informarse qué deseaba de él ese desconocido. El desconocido entretenía la espera ya hojeando unas aburridas gacetas o viendo, en uno de los muros, un amarillento y enorme plano de la ciudad de México hecho por un tal Diego García Conde.

Era gallardo, fino, el joven forastero. Era un adolescente pálido que tendría a todo echar, diez y seis años. Sus ademanes eran elegantes y fáciles, su andar decidido, sus ojos brillaban con una luz singular, miraba como ahondando, queriendo como descubrir el por qué de las cosas; era ancha y desembarazada la frente, el pelo todo tendíase hacia atrás, y en su boca corría siempre una amplia sonrisa de bondad. Presentó al Oidor una carta comendatoria firmada por el Intendente don Estéban Fernández de León.

Aunque en la carta se ponía, dijo llamarse Simón Bolívar, que era natural de Caracas, que allí nació en el año de 1783, en junio, el día 24; que aquel uniforme que vestía era el de las Milicias de Aragua de las que era teniente y de las que su padre, que en gloria estaba, fué coronel. En el acto entró el joven en la buena voluntad del Oidor que se puso a hablar con él como si ya de antiguo lo conociera. Refirió el mozo que se había hecho a la vela en la Guayra, en el navío *San Ildefonso*, que él iba a España enviado por su curador don Carlos Palacio con el buen fin de completar estudios, que él deseaba ir a Inglaterra, pero que a España le dijo D. Carlos y que a España iba a oír leer cátedras en sus universidades famosas; que como el navío hacía la ruta por Veracruz en donde se había detenido para embarcar los gruesos caudales que se mandaban a la Península, junto con géneros y barras de oro y de plata, aprovechaba contento ese tiempo para subir a México cuya fama lo atraía. La palabra del apuesto mancebo era fácil, vivaz, colorida con expresiones pintorescas. Mecía Bolívar las sílabas finales con un dejo cadencioso. Subrayaba sus frases con ademanes fáciles, las caldeaba a menudo con su entusiasmo,

poniendo en ellas un vivo fervor y siempre las iluminaba con una sonrisa buena. Siguió contando que ya había estado en Jalapa y que también en la Puebla de los Angeles, habló de la apretada exuberancia de las tierras de la costa, del lánguido encanto de sus mujeres, de lo mucho que le sorprendieron las industrias y manufacturas poblanas y también habló, maravillado, de sus mármoles y lechosos tecalis. El quisiera tener un palacio, allá en su tierra, decorado con tecalis y azulejos. Y dijo largamente del aspecto nobiliario y majestuoso de la angélica ciudad de la Puebla llena de torres numerosas.

El Oidor, don Guillermo de Aguirre, le oía complacido. El Oidor estaba en las cumbres de un deleite grande oyendo a aquel bello mancebo tan desenvuelto, de tan irresistible simpatía y de palabra tan caudalosa. El Oidor le preguntaba más y más cosas para que alargara la conversación en la que a menudo saltaban agudas observaciones, en la que había muchos donaires y se asomaba una perspicacia genial. El Oidor lo convidó a su mesa para el día siguiente; ya llevaría a ella, le dijo, a algunas personas de calidad para que las conociera y con cuyo trato, era indudable que recibiría gusto y placer.

Don Guillermo Aguirre le ofreció con insistencia cariñosa aposentarle en su casa, pero el joven Bolívar manifestó que agradecía en mucho el favor, pero que ya estaba alojado en la de los Marqueses de Uluapa para quienes, entre otros personajes de la ciudad, había traído amplias cartas de favor. Que don Alejandro Cosío, el Marqués, era hombre amable que lo llenaba de exquisitas atenciones, de solícitas amabilidades, al igual de su esposa doña María Josefa Rodríguez de Velasco, pero, principalmente se singularizaba con él la hermana de esta buena señora, la impetuosa doña María Ignacia, llamada por todos la Güera Rodríguez, mujer muy decidora, vivaz y muy alegre, que lo tenía siempre prendido en el encanto fácil de su conversación.

Sonrió con discreta malicia el grave Oidor, pues bien sabía que la Güera hacía caso de la buena figura y que admitía solaces y el Oidor, para mejor disimular su sonrisa, tomó un polvo de su caja de carey y lo sorbió con larga delectación y en seguida dijo a Bolívar que siguiese en la casa de los de Uluapa ya que así lo deseaba, pero que él sería quien lo sacara a recorrer la ciudad para mostrarle las cosas notables y bellas que encerraba y que si la Güera Rodríguez quería venir con ellos, entonces sabrosamente se divertirían los ánimos con la picante gracia de sus pláticas.

El Oidor le tomó a Bolívar amigable afición; honrábale como si le fuese su superior. A diario salía con él de paseo y le iba mostrando las grandezas de México. Lo presentó a maestros de la Real y Pontificia Universidad, a canónigos, a oidores, a todas las gentes de más pro y más calificadas de la ciudad. Fué Simón Bolívar, el CARAQUEÑITO, como le llamaban, fué a las tertulias que había en las casas nobles, en donde las damas lo traían gozosamente en palmas; conoció al señor Arzobispo, al Virrey, asistió a los saraos de Palacio y en todas partes lo recibían con claras manifestaciones de agrado, pues con su mucha viveza y donosura tenía recomendación para las voluntades.

El Virrey don José Miguel de Azanza gustaba mucho de conversar con Bolívar; recibía placer oyéndolo discurrir, siempre con amenidad y soltura, sobre todas las cosas. Convidaba al despejado CARAQUEÑITO a pasear en quintrín, lo convidaba a su tertulia, lo sentaba complacido a su mesa y no se cansaba de su presencia, ni menos aún de su charla, pues era Simón Bolívar afable y gustoso en sus palabras.

Pero una tarde resbaló lo ameno de la conversación a cosas de la política y ¡qué ideas terribles fueron entonces las que Bolívar sacó a relucir de modo brillante, con qué habilidad y talento las desarrollaba ante los ojos asombrados, atónitos, de los pacatos tertulios! Era peligroso hablar de política y más aún sacar a plaza, ante el mismo Virrey, esos temas escabrosos y todavía más peligroso el defenderlos. Ni en voz baja y tras el alto embozo de las capas, nadie, en la ciudad, se atrevía a comunicar sus pensamientos. En esta América feliz no se podía discutir nada, pues aquí los vasallos del Monarca, nacieron sólo para callar y obedecer y no para discutir ni opinar en los altos asuntos del gobierno, como bien claro lo expresó así el furibundo Virrey de Croix.

Bolívar seguía exponiendo sus ideas, pero don José Miguel de Azanza echó con habilidad la plática por otro sendero y se quedó horrorizado y muy sorprendido de que así pensara su amigo el CARAQUEÑITO.—Va, se decía a sí mismo, por caminos muy extraviados y malos, pues, ¿qué es eso de la independencia de América? Vamos, que no está en sus cabales ese muchacho de espíritu tan fino.

Pero a la otra tarde, y ante las muchas personas que acudían a la tertulia del real palacio, la conversación, llevada con inconsciente timidez por alguien, volvió a caer al sucio hondón de la política de Carlos IV. No le importó a Bolívar la imponente presencia del Virrey Azanza, sino que con todo el desenfado de sus años mozos, puso su entusiasmo en alabar y en justificar la conspiración que hacía poco tiempo que se descubrió en Caracas y volvió a defender con más ardoroso fervor los justos derechos de la independencia de América, elogió a los hermanos Avila por su anhelo de separar la Nueva España de la Corona, y dijo después muy lindas cosas del bonachón Carlos IV, que ocupa lugar preeminente entre los maridos consentidores.

Todos los apacibles tertulios estaban pasmados de su audacia y de su valor. Tenían helada el alma. Se miraban unos a otros con asombro, removiéndose en los asientos de damasco. Las manos titubeaban, temblorosas, para coger las jícaras de chocolate, no podían partir los frágiles pasteles ni los encanelados rosquetitos; las leves copas con agua fresca, entrechocaban en los dientes. Había toses discretas y discretos cuchicheos. Bolívar seguía hablando con exaltación ardorosa. El Virrey Azanza, con mucha gentileza, le cortó la palabra. Se disolvió en el acto la tertulia y todos los señores se fueron a sus casas llevando muy alterados los pulsos.

El Virrey detuvo al circunspecto Oidor don Guillermo de Aguirre, y le dijo que cuanto antes, sí, que cuanto antes, debía de despachar para Veracruz a ese inquieto mancebo que ya veía que era hartamente peligroso y, además, era arriesgado que permaneciera más tiempo en la ciudad por la que pronto se pondría a desparramar sus malas y terribles ideas,

que al soltarlas allá en España, de fijo que lo echarían, como era merecedor, en la obscuridad de una cárcel, porque era indiscutible la política sabia y benévola con que regía a España y a sus dominios el excelente Rey Carlos IV, a quien Dios guardara por muchos años.

El Oidor, también muy espantado, indicó al fogoso Simón Bolívar, con los más largos circunloquios que encontró, que ya era buen tiempo de que dejara a México y se fuese a tomar el navío a Veracruz, porque, según fieles noticias, el *San Ildefonso* iba a anticipar la partida, levando anclas en unos cuantos días y que sólo yéndose en seguida, tendría apenas tiempo de alcanzarlo, pues ya en los quince días que había estado en México había visto lo que encerraba la ciudad de más hermoso y principal.

Bolívar bien que comprendió que deseaban que se fuese y que por eso era esa premura. Comprendió bien que lo echaban del país, aunque con dulce amabilidad cortesana. Y se fué el gallardo mancebo como vino, altivo, sonriente, afable.

La casa en que se alojó es la que tiene el número 51 en la calle que por honor a él se llamó de Bolívar. Una placa de mármol dice que allí vivió el Libertador, año de 1799.

ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE

(*El Universal*, México, D. F.)

Ortega y Gasset, acusado

Don José Ortega y Gasset, el más vigoroso y hondo pensador que haya quizás hoy en España, acaba de ser acusado por el delito de lesa majestad, junto con Blasco Ibáñez y con don Miguel de Unamuno.

La labor cultural de Ortega y Gasset en España y fuera de ella es enorme, e implica un esfuerzo que pocos han emprendido con tanto entusiasmo como él. Por eso es justificable que la noticia de su acusación haya conmovido profundamente al pueblo español.

La obra del marqués de Estella, que ha tenido tan fuerte oposición dentro de la España culta, nos guardaba todavía esta sorpresa. Primero, desterrar a Fuerteventura a don Miguel de Unamuno y dedicarlo a la triste tarea de dibujar camellos, y luego, conducir a los tribunales al brillante escritor y filósofo, que es Ortega y Gasset. Son dos atentados que el mundo no ha podido ver con agrado, y que han hecho mirar con aversión la obra de la dictadura.

En Colombia, donde Ortega y Gasset tiene muchos admiradores de su talento profundo y de su gran cultura intelectual, que hacen de él uno de los altos exponentes de la literatura española contemporánea, estamos seguros, será recibida con profundo desagrado la noticia de que pasa al banquillo de los acusados por instigaciones de un militar, que se ha propuesto expatriar el talento de la Península.

(*Diario Nacional*, Bogotá).

Tres hechos

Escuchen las clases cultas de Hispano América y abran los ojos nuestros políticos

=Del folleto *La Constitución de Nueva España y La Primera Constitución de México Independiente*, por T. Esquivel Obregón. México, D. F. 1925.

Fíjense los jóvenes en los escritos del Sr. Esquivel Obregón, a quien hace tiempo estimamos mucho, por el espíritu del mexicano vigilante que los anima y por la sensatez del publicista sobrio.

Queríamos ver este folleto que hace pensar, en manos de nuestros estudiantes de Derecho. Enseña y rectifica informaciones falsas y anticuadas. Con él volveremos más adelante.=

PRIMER HECHO. — En alguna ocasión unos amigos míos, dueños de una hacienda valiosísima en la República, cuyos productos anuales pueden estimarse en promedio al rededor de trescientos mil pesos, queriendo mejorar su negocio, solicitaron mi mediación para obtener un préstamo en los Estados Unidos. Yo tenía relaciones con un banco en que me constaba que varias negociaciones mexicanas hacían depósitos de considerables cantidades de dinero, y naturalmente propuse allí la operación. Aquel banco, sin embargo, no la tomó en consideración, por no hacer préstamos para México. Es decir, que el capital de los mexicanos no podía servir a los mexicanos y los depósitos que ellos hacían en las instituciones de crédito de aquel país, iban a aumentar el volumen de su circulación, sin producir ningún beneficio al trabajo mexicano. Además tuve oportunidad de conocer operaciones de crédito llevadas a cabo entre instituciones estadounidenses y gobiernos o particulares de la América española, y sus condiciones eran tan distintas de las que se hacían entre aquellas instituciones e individuos o compañías de la nación vecina, que era evidente que el industrial hispanoamericano no podría aspirar nunca, no digo a competir, pero ni aún a emanciparse económicamente.

En realidad había razón fundada para aquello: el capitalista prefiere prestar su dinero a una persona que lo invierta en el mismo lugar donde aquél vive y donde puede cuidar de los resultados y desarrollos de la inversión; si, sin embargo, se resuelve a prestar su dinero para empresas en otros países, no es sino cuando entrevé la probabilidad de una ganancia mucho mayor que la que obtiene en su propio medio.

Esta observación es principalmente aplicable ahora a los Estados Unidos por dos razones especiales; la primera porque las oportunidades de invertir dinero en el mismo país, bajo muy buenas condiciones, son mucho mayores que lo eran anteriormente en los países de Europa, y segundo, que por las condiciones que prevalecen después de la guerra mundial, los Estados Unidos han quedado en el mercado del dinero sin competidor.

SEGUNDO HECHO. — Poco tiempo después de la construcción de las vías férreas que comunican los Estados Unidos con México, comenzaron los trabajadores mexicanos a pasar la frontera en busca de mejores salarios. Al principio el número de emigrados fué despreciable; pero, a partir de mil novecientos cinco, la cifra adquirió proporciones considerables, y finalmente la emigración de nuestros obreros ha llegado a ser una corriente alarmante; nuestros mejores, más

enérgicos y más ambiciosos trabajadores se van. Los datos consignados en el Boletín del Departamento del Trabajo en los Estados Unidos presentan a los inmigrantes mexicanos como trabajadores que en su género no admiten igual, desalojando a los de cualquier otra nacionalidad, sin que haya penalidades que los arredre; ellos, venidos de un país tropical, con un clima excepcionalmente benigno, no se rehusan a remontar hacia el Norte y sentar su campamento entre las nieves de Alaska. Van allá huyendo de dos miserias que los asechan en su patria, la una económica, la otra moral; tan difícil es a aquel obrero resignarse a vivir en la degradación de un salario infeliz, como la de aceptar el oprobio de un terreno obtenido por el despojo, y huyendo así, va a dar su servicio a una nación que no es la suya, sus fuerzas son desperdiciadas para la prosperidad de México.

TERCER HECHO.—Cualquiera que haya vivido por algunos años en los Estados Unidos y haya tenido espíritu de observación para penetrar un poco más hondo de la superficie dorada por las enormes riquezas, organizadas según un plan económico muy hábil, comenzará a observar que allí, como en todas partes, no todo lo que relumbra es oro; que la prensa diaria da cuenta de escandalosos peculados, de fraudes gigantescos en que los dineros públicos desaparecen de una manera que en cualquiera otro país daría lugar a una grito que duraría largo tiempo, y que allí apenas se mencionan o a lo sumo dan lugar a comentario de la prensa durante unos días. Algunos hombres levantan la voz en las legislaturas o en el congreso contra tales abusos, pero aquello no tiene gran trascendencia y el público no se encuentra más dispuesto a creer en la honradez y patriotismo de los denunciadores que de los denunciados y ve todo como luchas de partido para ganancia de políticos. Con esto va unida la ineficiencia en los ramos de la administración, de que puede ser admirable modelo la ciudad de Nueva York con su presupuesto cerca de tres veces mayor que el de la República Mexicana, y en general, el gobierno de los municipios con sus camarillas políticas que se suceden en la distribución de los puestos. Los hombres patriotas mirando aquella situación se alarman y no ven el remedio: educados dentro de cierto orden de ideas, creyendo como artículo de fe en la bondad indiscutible de sus instituciones, no ven que ellas, que pudieron ser inocuas cuando el país era menos populoso, menos rico y llevaba una vida más sencilla, resultan hoy una fuente de males. Los gobernantes son nombrados no por sus cualidades de saber e integridad, sino por su habilidad en el hablar y agitar a las masas; es caudillo no el que más vale en un concepto cívico, sino aquel a quien, por sus circunstancias se puede temer más. El hombre que habla de más altos ideales, aunque no crea en ellos y resulten a la postre impracticables o atentatorios de los derechos y libertades de los ciudadanos, generalmente aquel que no ha probado ser bueno para ningún arte, profesión o negocio, ese es el político, y entre hombres así se reparten por regla general los empleos de gobierno.

Aún no es eso todo, sino que esos hombres que han hecho toda su profesión de la política, saben que cuando obtienen un puesto es sólo por corto tiempo, por espacio de dos o cuatro años; con la inclinación económica sajona buscan las oportunidades

de enriquecerse en ese tiempo para estar en lo futuro a cubierto, y por más que en ocasiones se nota el esfuerzo por purificar la atmósfera política de todas esas corrupciones, el mal vuelve en una forma o en otra.

En una palabra, si el gobierno continúa en manos de elementos electos por las masas convocadas por agrupaciones geográficas y no seleccionadas por aptitudes, natural y lógico es que, por regla general el gobierno caiga en manos de hombres sin carácter intelectual o moral.

Si del orden público se pasa al orden doméstico y privado, el cuadro no es más halagador en donde el principio de libertad se sobrepone al sentimiento de respeto por aquellos vínculos que, aún a costa a veces del sacrificio del individuo, forman y consolidan la familia como base de la sociedad, superior a la satisfacción de los deseos y apetitos de aquél. De allí el divorcio, que unos consideran como causa de la disolución de la familia americana, otros como efecto de esta disolución; pero todos los hombres de buena voluntad ven crecer el número de escandalosas desuniones y llegar a ser de moda, como cosa alarmante, como el resultado de un individualismo incompatible con el sentimiento de abnegación que los intereses sociales reclaman.

Ante estos hechos yo no he podido menos de pensar: 1.º Que no hay para México y para las empresas mexicanas mejor dinero que el de los mismos mexicanos, y a ese tenor nuestros gobiernos y nuestras llamadas clases intelectuales, desde la independencia hasta la fecha, han demostrado un afán por traer a México dinero extranjero que sólo es tan grande como la indiferencia con que han visto que el dinero de los mexicanos sale del país. La inconsciencia que revelan del mal que esto produce los lleva al extremo de fomentar esa emigración de nuestra moneda con verdadero estudio y tomarla por medida de la riqueza pública; 2.º Que no hay para México ningún obrero en el mundo que pueda reportarle los beneficios del obrero mexicano si solamente se cuida, no ya de darle el jornal, más o menos, que gana en los Estados Unidos, sino de fomentar la circulación y auge de la riqueza pública para que pueda obtener un decente pasar; pero nuestros gobiernos buscan la solución del problema de la colonización por extranjeros, y en los últimos tiempos acuden a procedimientos con los que, empobreciendo al país y aniquilando el crédito, pretenden ofrecer al obrero la redención por el despojo que mata todo aliento y apaga toda esperanza de mejora; y 3.º Finalmente, que no hay para México mejores instituciones que las que reflejan sus costumbres, su medio y su cultura, dictadas por legisladores preparados, elaboradas con consulta de hombres representativos de las diversas ramas de actividad y de los intereses sociales; y, sin embargo, nuestras instituciones se persiguen y destruyen y se las desprecia y calumnia, sin ver que podrían ser ellas, debidamente comprendidas y adaptadas a las actuales condiciones, el mayor tesoro y el cimiento más sólido en que pudiera establecerse la fortaleza de nuestra nación.

La indiferencia ante nuestro dinero que se va y el afán por atraer al país el extranjero, que tan caro nos cuesta; la indolencia con que vemos a nuestros trabajadores abandonar con dolor el suelo que los

vió nacer y el anhelo de traer a México colonos extranjeros que ni aman lo nuestro ni se asimilan nuestra vida, y el desprecio con que arrojamos a la basura nuestras instituciones, tradiciones y costumbres, con el entusiasmo de imitar lo extranjero o de ensayar doctrinas que no tienen por base más que la imaginación de cerebros enfermos, no son más que manifestaciones de una misma causa, la preponderancia de los instintos primitivos sobre la cultura europea que no llegó a penetrar el alma de nuestra población nativa y de nuestra población asimilada a la nativa, que es la mayoría de nuestro pueblo.

Una de las grandes autoridades en achaques de psicología moderna, aplicando el principio de Haeckel, que cada ser reproduce en los diversos periodos de su vida las sendas fases del desenvolvimiento o evolución de su especie, ha sostenido que el hombre, desde su vida intrauterina y después, en su vida de ser independiente, reproduce los rasgos de evolución de la especie humana. Así, pues, observando los movimientos, gustos e ideas del niño, se ve que coinciden con las costumbres, tendencias y prejuicios de las sociedades primitivas. En los niños el goce de la adquisición es siempre superior al de la posesión, al grado de que están dispuestos a prescindir de un rico juguete que han disfrutado por unos cuantos días, a cambio de uno nuevo que tal vez no vale nada.

Lo mismo los pueblos primitivos admiran lo nuevo y lo extraño hasta despreciar y deturpar lo propio. Su sed de novedad no tiene límite, al paso que su tendencia conservadora es nula.

Parece una paradoja, pero es un hecho de observación histórica; los pueblos que más han ayudado la causa del progreso, los adelantos de la ciencia y los ornamentos del arte son los que más intenso han demostrado tener el amor a lo propio y menos se hallan dispuestos a cambiar a influjo de la imitación de lo extraño o de la novedad no experimentada.

El fenómeno, pues, de que México desde su independencia, lucha por desprenderse de lo propio por importar lo extraño en dinero, en hombres y en instituciones, todo lo cual nuestros políticos revisten con las palabras altisonantes de «reforma» y «adelanto», no es un progreso, es la revancha de las inculturas salvajes, es la vuelta a la mentalidad primitiva, es que, a partir de nuestra independencia, nuestros políticos han emprendido la adulación servil de las masas, han vivido de vergonzosas transacciones, cediendo la herencia que nos quedó de cultura europea a cambio de prosélitos dispuestos a pelear; es que por ese motivo, a partir de la independencia, reasumimos el negocio de Moctezuma y los suyos: cambiar oro por cuentas de vidrio.

T. ESQUIVEL OBREGÓN



El grito

EUROPA, sobre todo Europa Occidental, se deshace... Los ilusos que venimos creyendo encontrar aquí el máximo de perfección, la meta de nuestros ideales, por contumaces que seamos en nuestros propósitos de ilusión, por recio que apretemos la venda a los ojos para no ver la realidad, la hemos visto al fin... La venda ha caído... y... ¡Oh, dolor...!

Tradición... Arte... Cultura... Civilización... ¡Sí...! Pero estudiémoslo... Todo, sinónimo de privilegio... ¿Y el hombre...? ¡Lo que sólo ha debido ser el problema de la humanidad de todos los tiempos! ¿Qué se ha hecho del hombre en Europa...?

¿La Tradición...? Bella en avatares: costumbres, regionalismos, lenguaje, indumentaria; pero llevando aparejada la reacción. Cuando menos, conservadurismo. El pasado, el Medioevo, con todas sus represivas diferencias sociales, con todos sus abusos y sus estigmas sobre la frente del humilde. Esto, fatalmente, debe ser destruido. Y digo fatalmente porque la destrucción llevará en el derrumbe todo un caudal de belleza evocadora... Pero en beneficio del hombre...! Por crear al hombre nuevo...! Bien vale el dolor de perderla...!

En todo lo que huele a Tradición asoma las orejas el demonio de las castas. La actitud sumisa del hombre que no aspira. Que no sabe que tiene el derecho de aspirar. Por ejemplo, en la indumentaria y la ceremonia. En Europa todo el mundo está uniformado. El superior, haciendo gala de su poderío, el inferior, confesando la subordinación: sacerdotes, frailes y monjas, cuerpos de telégrafos, teléfonos, correos, chauffers, conductores de tranvías, mensajeros, institutrices, niñeras, porteros, criadas, en general. Todo el que puede pagar algún servicio a otro hombre, se cree por ello con el derecho de ponerle una insignia de servidumbre,

Esto, y los trajes regionales, y los militares y policías, dan a calles y paseos un aspecto abigarrado, carnavalesco. Numerosos cuerpos gubernamentales vestidos de rojo sangre, azul añil, verde horrible, con tricorrios inmensos o sombreros de ala ancha y pluma vistosa... ¿Qué es esto, sino falta de respeto, que viste a los hombres de mamarrachos? Falta de respeto que convierte al hombre en elemento decorativo urbano, en blanco de tiro, en punto de vista, en cosa para ver de lejos...

¿Y la ceremonia? Cada ritual conserva íntegros todos sus detalles de origen. Los funerales, por ejemplo... Se reviste el acto, que debe ser sencillo y optimista, de un sombrío misterio, de un adolorido ceremonial: pesados cortinajes negros, túbulo evocador de inquietudes, incienso asfixiante, ir y venir raro, de sacerdotes y acólitos, trajeados de luto, con cirios amarillentos y cantos lúgubres... En fin, la cosa más desacorde con la idea contemporánea de la muerte.

Los tribunales de justicia, funcionan lo mismo, con todo el aparato de la aparatosa justicia humana, ofendiendo al acusado en cada momento del acto, en cada detalle del mismo, en contra del concepto que hoy se sustenta, por el que un presunto reo debe gozar de consideración completa mientras no sea convicto de la falta que se le acusa.

¿El Arte...? ¡Bendito el arte! Pero el arte mercenario de los papas y príncipes es el que se hacina en Europa, la vieja... Una clase privilegiada por ciertas dotes de superioridad: talento, cultura, carácter, *genio*, produciendo la belleza para deleite de una clase no más: los poderosos.

¡No! El arte debe ser, solamente, por el arte. Fin único del mismo. Y luego, como su efecto, como un derivado, debe ser educativo. Debe democratizarse. Debe ser producido para la humanidad, que en su contacto se temple; ora se suavice en su armonía sedante; ora se tonifique en su sana energía.

Es verdad que los museos de Europa están hoy al alcance de todos; pero duele pensar cual fué la raíz del arte que los llena...

Yo pienso que en una nación moderna los artistas deben ser funcionarios públicos. Crear la belleza para el estado y que el estado la difunda libremente a las masas. Y pienso que mientras no exista un estado moderno que sea capaz de iniciar esta obra suprema, los artistas deben ser hombres humildes y pobres que realicen su vida en forma de belleza y la ofrezcan desinteresadamente a los hombres...

¿Cultura...? ¿Civilización...? Riquísima, del ayer y del hoy; pero en una clase. ¿Y el hombre medio...? ¿Qué es del hombre medio en el Viejo Mundo...? ¿Qué se hace por él...? Cuando yo he visto en plenos boulevares de París al hombre infeliz y a la flaca mujer, no ya jóvenes; sino viejos, encanecidos, jorobados, cenceños, tirando de los carros como meras bestias... Cuando los he visto subir una cuesta y halar... halar... halar del carro, en vano... (Halar del carro que no sube a sus débiles fuerzas...) Y en esta lucha insistir, hasta vencer o confesarse rendidos... Me ha nublado los ojos el llanto y la negrura el espíritu y me he vuelto de frente a mis países... A mis países bendecidos de América...

Cuando yo he visto en Italia, en Nápoles, (*Napoli bella sirena dei mare*) y en España, en la divina Granada, cómo el hombre vive paralelo del bruto, en su impudor de armiño, convirtiendo calles y plazas en la sentina donde satisface sus íntimas necesidades corporales...

Y sin duda que la culpa de ese primitivismo grosero la tiene sólo la lenidad gubernamental que no legisla nada que mejore la condición del hombre pobre. Las viviendas de esta desamparada gente carecen de toda habitabilidad. Tal las cavernas trogloditas.

En cada cosa se toca el abuso del pueblo. Yo, que he viajado en tercera en estos países, puedo comparar esa clase de los ferrocarriles americanos, con los suyos. La tercera es aquí un antro sucio e incómodo donde se hacina la multitud. Plaza para diez en cada compartimento de exigua capacidad. La pobre gente insalubre y desaseada proyecta un olor nauseabundo. Cuando llega la noche viaja a oscuras: una miserable bujía de gas por todo alumbrado. Diríase que esto es misérrimo para ser económico; para dárselo al pueblo a un módico precio. Pues no; la tercera en estos países es carísima, mucho más cara que la nuestra. ¿Qué hacen los gobiernos en favor del público? ¡Nada! Y las compañías enriqueciéndose a costa del abuso y el pueblo manso y explotado, ignorando hasta que tiene el derecho de protestar.

Cuando yo he visto la mendicidad horrible, lastimosa, ofensiva, convertida en clase social; jovencitas fuertes y lindas afectando caras de idiota; madres haraposas rodeadas de hijos escuálidos, que hacen pensar en lo criminal de cierta paternidad; viejos mutilados arrastrándose por el suelo; todos, implorando la misericordia del transeunte, me he revuelto en descompasada ira contra los dirigentes de estos países que fomentan la mendicidad, permitiéndola, o no levantando al hombre, faltos de justicia.

Yo no soy partidaria de la caridad. Siento la caridad como una ofensa a la especie. Ofensor es el que la hace y el que la recibe. En un país donde hubiera justicia nadie tendría que acudir a la protección de los otros, porque todos estarían garantizados en su bienestar por el esfuerzo propio. La caridad sólo es la testificación de la maldad humana, un remedio inmediato y mezquino que sacrifica la gran moral a la pequeña moral.

No me inspiran, pues, sino un dolor negativo, los centenares de ciegos de Madrid, y el hombre que ví, andando, la mitad del cuerpo, de pies a cintura, vertical; la otra mitad, de cintura a cabeza, horizontal; agarrado a un bastón que sostenía difícilmente con sus manos temblorosas, mientras gritaba con voz estentórea de hombre joven: «¡Hermanitos! ¡Siete años debajo de la tierra! ¡Le explosión de una mina me dejó ciego y enfermo! ¡Siete años debajo de la tierra...! ¡Una caridad, hermanitos, que yo no lo puedo ganar!» Yo no he sentido, al oírlo, el impulso de darle una limosna miserable; sino el impulso de hacer la gran obra... Y he clavado, sola, mi bandera de revuelta, en este Viejo Mundo carcomido. La bandera de la equidad.

En Cartagena los obreros trabajan dos kilómetros en lo hondo de la tierra, horas interminables, sin aire y a oscuras. Ganan sólo ocho pesetas al día. Todos saben que no llegarán a viejos porque esa no es vida que dure y sin embargo, trabajan en esas condiciones, víctimas de la desigualdad legal.

¡Oh América! ¡Tierra de la dignidad humana! ¡Tierra donde no hay mendigos! Donde el hombre más llano tiene la fuerza de conquistar el porvenir, de escalar la prosperidad, de convertirse en lo que más quiera y lo que más lo levante entre todos los otros individuos.

¡Leyes de Europa, parciales y coercitivas! Todo se reduce a fuertes códigos y constantes penas de muerte para prevenirse contra la maldad que ella fomenta en los hombres, manteniéndolos en ese estado de miseria moral y de empobrecimiento del carácter.

¡Leyes de Europa, donde todavía la mujer es cosa, pegada a la casa, como el ciervo a la gleba, legalmente sin derechos y sin voluntad!

Si se exceptúan algunos países, sobre todo en el Norte, en el resto la mujer está aún en la esclavitud. En la misma Francia, si la mujer tiene prerrogativas es porque se las da la sociedad; pero las leyes que rigen su vida son absurdas. Sus derechos civiles son nulos y cuando ellas celebran que tienen el divorcio, exclaman: «¡Tenemos el divorcio, gracias a Napoleón, que se hubo de divorciar! Si no hubiera sido por ese conflicto de la vida de Bonaparte, no disfrutaríamos de ese beneficio». Y seguidamente se quejan de las condiciones de parcialidad en que está concebido, para la mujer.

Nosotros, los americanos del Sur y del Norte pode-

mos conquistar a Europa en esto de la democracia y la soberanía del pueblo y la legislación liberal.

Y ha llegado la hora... Aquí donde no han sabido o no han querido entenderla. Donde han querido perder la sangre de la Revolución Francesa, América puede ejercer su magisterio.

Acaso eran organismos demasiado viejos y contumaces, para que en ellos arraigara con vida y fuerza propia el principio de la democracia; pero si esto es así y no pueden o no quieren renovarse, queden atrás como cuerpos muertos y vengan a primer término, en el desenvolvimiento de la civilización nueva, los pueblos jóvenes de América donde ella ha triunfado.

Ahora aquí todos son gritos... ¡La democracia fracasada! ¡Comedia, el organismo constitucional! ¡Y el parlamento! ¡No! No puede condenarse como imperfecto lo que más se acerca a la perfección entre los regímenes de los gobiernos, porque haya fracasado en manos inhábiles o mal intencionadas. Teorías y prácticas puras no deben de ser deshechas porque degeneren ejercidas por hombres impuros o de mala fe.

La reacción europea da lástima infinita... Siquiera Mussolini, el llamado «Batisseur d'Avenir», tiene el prestigio de un impulso propio; ¿pero España? Y ahora empieza a revolverse Portugal. Meros imitadores y farsantes. Y como si no fuese todavía bastante crimoso el derrumbamiento de la democracia, viene como corolario otra calamidad.

La iglesia convertida en palestra política. La religión empleada como mordaza del alma, so capa de vuelta del hijo pródigo a su recinto. Y a ser posible, restituir la inquisición.

¿Qué ha hecho la iglesia en diez y nueve siglos por el hombre? ¿Acaso ella no ha sido el más fuerte cómplice de los gobiernos en el entumecimiento de las clases, y ahora que ya están anquilosadas, se les quiere inyectar de nuevo la misma medicina soporífera que las entumeció, con pretexto de reanimarlas.

La sensiblería y la comedia para burlar a los pueblos que han mantenido en la estupidez, por cálculo. (Todavía aquí dice la gente bien: «Yo pienso que Angel Ganivet⁽¹⁾ tenía razón afirmando que *el pueblo debe ser lo más ignorante posible para que no se mezcle en las cosas públicas, porque siempre que se mezcla lo hace mal*»). Hace mal, porque, sumido en la estolidez, si lo escala, no lo comprende, o sólo tiene reacciones violentas cuando la pena traspasa los límites del sufrimiento.

Poco tiene que trabajar en este sentido la acción europea para conseguir el triunfo, donde la devoción y el fanatismo encadenan las almas.

El *Cristo de los Favores* de la plaza del Príncipe de Granada, es testigo del fervor ciego del pueblo español. Todos los viernes, día en que sangran las llagas de los Crucificados, la plaza se llena de suplicantes, bajo la estrellada bóveda del cielo. Sobre las duras guijas de la plaza, ante él, se arrodillan hombres, mujeres, niños y ancianos.

Yo no he visto, como Theophile Gautier vió, entrar en el Escorial a una mujer arrastrándose de rodillas sobre las piedras de filo, una mano dándose golpes en el pecho con una piedra y la otra echándose fresco con un abanico; sino a la gente humilde

y buena, la mirada extática, los brazos en cruz y toda inmóvil, suplicando... ¿Qué suplicaban...? Seguramente que no estaban en alabanza ni en dolor por Cristo... ¡Seguramente que pedían pan y abrigo! (Porque todavía creen que el cielo satisface estas necesidades materiales). Pero algunos piden algo más... Algunas lindas mujeres vestidas de negro, algunas ancianas tristes, piden por la vida o por el alma del hermano, del novio, del hijo, sirviendo, o muerto en Marruecos.

(¡Marruecos! ¡Tumba de generaciones y generaciones españolas!)

Y en Teruel, una madre le ofrece a la Virgen su vida por la vida de su hijo único, llevado a la guerra. El hijo sirvió sus tres años y salió incólume de ella. Y un día el hijo volvió a su pueblo y cayó en los brazos de su madre que lo estrechaba llorando desgarradamente. Después, la madre salió sin rumbo... Y el hijo que esperaba su vuelta, la esperó en vano... La madre se arrojó al Turia, desde el alto puente y dió a la Virgen su vida, ahogada...

(¡Fanatismo divino, que ahora abusivamente quiere el Directorio convertir en conveniencias políticas!)

Y cuando los extranjeros nos lamentamos con los burgueses peninsulares de la guerra con los moros que siega en flor las vidas por los años de los años, al grito nuestro por la sangre vertida, responden infaliblemente, con este grito cruel: ¡Y los millones de pesetas que gastamos en el ejército! ¡Y los millones de pesetas que gastamos en escuelas y caminos para civilizar a esos perros...! (¡HORROR!)

El Directorio, toca el resorte de la devoción para justificarse... Primo de Rivera habla del *Texto Unico*, SUMMA TEOLÓGICA, para las escuelas populares. El proyectado *Texto Unico* será un libro sintético de catolicismo cerrado, donde todo se enseñe a base de dogma católico, postólico, romano.

El Directorio pone al servicio de su campaña a escritores y conferencistas que por su cultura y talento no puedan participar de esas ideas. (¡Infinito Pecado!)

Y llegan las cosas a tal temple, que María Guerrero representa en *La Latina* a doña Perfecta y Ramiro de Maeztu croniquea trastocando el espíritu galdosiano, diciendo que el *ingeniero* está bien muerto por Doña Perfecta, la inquisidora, porque su ideal de felicidad transitoria humana es pobre y mezquino, no así el de ella, puro y definitivo, de la eternidad...

Portugal ahora empieza a moverse en el mismo sentido. En Portugal Homen Cristo (Filho) da una conferencia en un teatro de Aveiro: A HORA DO RESGATE, cuyo lema es: A IGREJA E A UNICA DEPOSITARIA DA UNIDADE E DA PURESIA MORAL...

La iglesia... ¡Sí! Pero si la iglesia preconiza la democracia, la justicia, la soberanía del hombre, y... ¡ARRIBA AL PORVENIR! Una iglesia cívica, no una iglesia de renunciamento y de humildad sin objeto, que hace de la vida, que el hombre tiene el derecho de disfrutar honradamente entera y feliz, un tormento...

¡Cristo vuelve a caballo, y con bayoneta calada...! ¡Oh, dulce y equivocado Jesús, ten piedad de los hombres...! Y... ¡Alerta! ¡América! ¡Que vuestro latino-americanismo sea de allá para acá...!

EMILIA BERNAL

Madrid, 12 de marzo de 1925.

(1) Y conste que yo he leído íntegra la obra de Ganivet y en ninguna parte de ella he encontrado esto; aunque algunas veces lo deja entender,

Los retiros

—Del tomo *Cuentos y enredos*, por Joaquín Quijano Mantilla. Bogotá, 1922.—

DECÍAN los romanos que la mayor parte de los hombres se acordaban de su retiro cuando ya no alcanzaban a ver los árboles grandes, ni a comer de sus frutos; y que venían a morir lidiando con albañiles y jardineros, sin gozar de comodidades ni de sombra.

Para mí, el retiro ha sido mi mayor preocupación, y si no lo tengo como lo deseara, al menos he llegado a sentirme satisfecho de poseer un lugar apartado del bullicio, para soñar en compañía de los seres que constituyen mi vida, hasta donde lo permita la realidad. He conocido hombres apoltronados y llenos de dinero, que mueren en el bullicio de los mercados, porque no supieron elegir a tiempo su retiro.

Y como en esto suele haber capricho de coleccionista, yo he adquirido recientemente dos, demasiado modestos y raros.

El uno es en el cementerio de Cipacón; y al mirarlo con los ojos pletóricos de vida, he experimentado indecible placidez al ver el lugar donde he de convertirme en un puñado de tierra.

El otro es en el páramo del Carrizal, a inmediaciones de Cajicá.

¿Qué sortilegio guarda en su silencio el páramo? El aire tiene la suave sonoridad de las cornetas a la sordina; el pecho se siente desligado de las emociones violentas, y la mente, que no acierta a idear nada nuevo, hila, al arrimo del fuego, leyendas fantásticas y tragedias a lo Hamlet. Mientras la mujer que me ha vendido los cerros pelados que forman mi nuevo dominio, guisa unas menudencias, y el humo que se levanta a los cielos semeja un manto de la Pura y Limpia Concepción, yo leo a Horacio con verdadera sofrosine.

—«¿Qué finca es la mía?»—dice en su epístola a Quinto.

—«Figúrate unas montañas que se tocarían al no estar separadas por un vallejuelo, lleno de frescura, que ilumina a derecha el sol levante, y lo colora después a izquierda con rayos moribundos.

«He aquí el dulce refugio que preserva a tu amigo...»

Aquí Horacio hubiera encontrado más amplio campo para su imaginación privilegiada.

Al ver la calma de todo, se comprende la admiración piadosa de don Tomás Rueda Vargas por la Sabana de Bogotá, y se siente en el fondo del corazón su indefinible poesía.

La altura no deja percibir ni mugidos de ganados, ni cantos de pájaros; solamente recoge de cuando en cuando el pitar de las locomotoras, que semejan sirenas constipadas.

Cuando el almuerzo está, la buena mujer viene hacia mí, y después de menear la cabeza en señal de improbación, me dice:

—«Y no le hace daño leer en esos libros al rayo del sol?

—Aquí no se siente el sol—le respondo, mientras me preparo a seguirla hasta el cerezo donde han

extendido un mantel, y dos de mis hijos miran como gatos chiquitos unos platos humeantes.

—«No le hacen falta a usted esta vida y esa quietud?» le pregunto a doña Nemesia.

—Sí, señor, pero todo tiene su fin. Ya la muerte me está llamando, y tengo que arreglar mi conciencia. La anciana se sienta en el suelo y me dice:

—Ya ve usted, he vivido casi toda mi vida aquí, pero ahora ya me llama la muerte y no hay más que hablar.

—Y cómo lo sabe usted?

—Porque la he oído. La primera noche, fué en agosto. Hacía un viento que parecía que el rancho se iba a caer. Sentí luego unos gritos como de una niña, en lo más alto de la roca, y pregunté quién era.

—Soy la Huerfanita, que le viene a decir que ya pronto le toca su viaje.

Luego, otra noche, vino hasta la puerta y me dijo con mucha dulzura:

—Mire, doña Nemesia, que arregle sus cosas y esté lista para irse conmigo.

—¿Y usted la vió?

—No, señor, apenas oía su voz: pero no sentí miedo.

—¿Por qué?

—He vivido mucho, y ya es justo dejar la vida. Para mí lo triste sería morirme sin los santos óleos y quedarme por ahí como un perro.

Los ojos pequeñitos y vivos de doña Nemesia sonríen con la placidez de un niño. Es un viaje, para ella, como cualquiera otro; como si dijésemos, a la misa del pueblo; como si fuese por leña al montecito inmediato. Y para eso vende su heredad, y sólo tiene como única ambición limpiar de culpas su conciencia.

Cuando los niños se levantan para ir a coger flores de achicoria y de totes, me dice, como queriendo hacerme depositario de sus recuerdos:

—Yo viví aquí muchos años felices. Luego duré casada diez y seis años. Mi marido era el hombre más bueno; pero me celaba hasta con su propia sombra. Durante doce años no me dejó salir a ninguna parte. Yo lo quería muchísimo, y me dolía en el alma que no me creyera buena. Al fin se enfermó de gravedad, y no me dejaba retirar un momento de su cama. El señor Cura le aconsejaba que no fuera así; pero ese era su modo de ser, y no había más remedio. A ratos me trataba con dureza, y me inculcaba cosas que yo no había imaginado que siquiera existieran. Cuando ya estaba agonizante, me cogía las manos con desesperación y me decía:

—«Si yo pudiera llevarte conmigo!...

Aquella noche murió. Al ver ese hombre tan bueno, pero que se había martirizado y me había martirizado a mí, caí de rodillas y le di gracias a Dios por haberme dejado descansar!

Más tarde fuí al pueblo a confesarme durante una semana santa. Como hacía tantos años que no veía más que a mis vecinas, la gente me causaba miedo. Por la tarde, al mirar la procesión, me parecía que las imágenes eran verdaderas personas, y al ver a Nuestro Señor atado a una columna, me puse a llorar desconsoladamente, porque pensaba en las veces en que mi esposo me amarraba a este palo a hacerme confesar delitos que ni siquiera habían pasado por mi mente!

En la luz del atardecer, hay algo de leyenda. El

aire silba entre las rocas peladas y en los matorrales del lindero reza el pájaro tres-tres su monótona letanía.

Doña Nemesia se ha quedado pensativa, mientras yo sueño con mis árboles; con mis lecturas y mis recuerdos, hasta que un día llegue también la Huerfanita a decirme que debo ir a ocupar mi retiro en mis dominios de Cipacón, en ese lugar apacible, donde los grandes caciques de Busogonte y Rasgatá iban en otros tiempos a llorar sus desgracias y a lamentarse de haber nacido.

En el páramo del Carrizal, y en el día de la clausura de las Cámaras legislativas de 1920.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

De un diario íntimo

1

Cartujo, en esta celda en que cultivo
mi ocios y en que acecho
la vida en mi interior,
nunca me faltan
ni el mendrugo de paz ni el dulce sorbo
de silencio.
Medito. ¿En qué? Lo ignoro. Pero siempre
comparto aquí con mi inquietud, y a solas,
el pan y el vino de la cena ritual.

Por la ancha faz del vidrio
entra la tarde
toda su sed cristiana de amor triste
y de enferma piedad.

¡Qué bien se siente entonces
el latido rural del despoblado
miserable,
que arrastra por los tumbos del camino,
sin rumor, el cansancio
de un hastío sin fin,
y aquel deseo inmóvil
que invade todo el llano
de sujetar la vida
a una sola actitud,
de no surcar la tierra,
de no dar rastro al tiempo,
de no abrir al pasado
una sola esperanza de recuerdo,
ni de marcar con piedra blanca o negra
la jornada del día,
siempre apacible, pero siempre idéntica!

Los árboles parecen fatigados
en su marcha
por la vieja avenida.
Taciturnos y silenciosos cargan
su peso, y aunque unidos
por el mismo dolor,
todos se ignoran,
y siguen solitarios por la senda.
Ni una sola mirada,
ni una sola sonrisa los acerca.
La misma tierra olvida que es su madre,
y que los nutre
y hasta el arroyo que al pasar refresca

la aridez de sus plantas, nada sabe
del íntimo secreto de sus penas.

Y esta sed contenida de amor triste
y de piedad enferma
que invade el despoblado,
con la noche
lentamente penetra
en mi interior...
Y cierro las ventanas de mi celda.

2

Yo siento como si esta
tenue y sorda alegría
resignada, sumisa
en su quietud,
que lentamente invade
lo más hondo
de mí mismo—esta tarde
en que nadie ha venido
y en que a nadie esperé—
filtrara lágrimas.

En la penumbra
late el reloj su tedio
indiferente,
sin dolor y sin gozo,
frío, austero, impasible
al minuto que ha de venir,
sin pena
por el instante que dejó.

¡Quién tuviera la euritmia
igual, isócrona
de tu sombría gravedad,
la gracia
de no llorar la hora
que prendió el infinito
en el recuerdo,
ni esperar sin temor
lo irreparable!

Fuerte, profundo bienestar
dilata el ritmo de mi vida.
Ni agita el pensamiento
el ala negra
de su afán,
ni araña
el torvo anhelo del placer
el muro de su cárcel.
¿Es la esperada beatitud,
la paz consigo mismo
y con el mundo? Acaso.
Pero siento
que esta alegría inútil
que me invade
tiene un sabor de lágrimas.

ALBERTO URETA,

Miraflores. Lima, 1924.

(Mercurio Peruano, Lima).



Comentarios

Unamuno en París

DON Miguel de Unamuno vive ahora en París, en el destierro, conspirando, dicen quienes ignoran la intensa vida espiritual del maestro salmantino.

Sorprende siempre que estrechemos su mano cordial. Este escritor de cincuentinueve años está en plena mocedad. No se envejece, declara, cuando se vive para las ideas, si se medita sin término sobre graves problemas. Encantan su juventud y su fe.

A veces le domina una íntima melancolía. Sufre por la España. Reacciona y afirma entonces su fe esencial. Va a reconquistar a su patria, siente en sí fuerzas remozadas en la isla de Fuerteventura, donde meditó frente a las piedras calcinadas y al mar infinito.

Tiene ocho hijos derramados en diversas profesiones útiles, ha publicado treinta volúmenes. ¿Quién rivaliza con el Rector de Salamanca en gloriosa fecundidad? Prepara nuevos libros. Publicará sonetos, algunos de ellos escritos en la tristeza de días recientes, donde expresa su noble rebeldía. Entregará a las prensas un diario de su vida interior en esta crisis de la conciencia española. Más tarde, quizá sus memorias cónicas, libro de violencia y de escándalo. Entre tanto, se propone reunir artículos dispersos y ensayos.

Aquí en París, en la colección *Cristianismo*, dirigida por Mr. Couchoud, publicará un pequeño volumen sobre la Agonía de esa religión; ardorosa confesión de un místico a quien aprietan interrogaciones fundamentales. Como tuvo siempre hambre de inmortalidad, para vencer a la muerte, Unamuno acumula libros sin fatiga. Si se le pidiera que escogiera entre sus obras, creo que preferiría dramas, poesías, novelas; y, en último término, ensayos donde discute ideas apasionadamente.

Nadie le acompaña en esta apreciación. Aunque es fuerte novelista, creo que en libros como *En torno al Casticismo* o el *Sentimiento trágico de la vida*, obra capital, ha puesto lo mejor de su visión histórica y de su inquietud. Como su hermano angustiado del norte, Søren Kierkegaard; como los herederos espirituales de Pascal, investiga gimiendo. Alternativamente espera y duda, teme a la muerte, busca a Dios con pasión, pero sin perder, al abandonar la tierra y sus tristezas, su robusta individualidad.

Me refiere el escritor las peripecias de su destierro. Pude escaparme, dice, llegar a la frontera portuguesa. Acepté mi destino. Esperé a mis enemigos. En diversas ocasiones me habían ofrecido que colaborara con el nuevo poder. Fué invariable mi actitud de protesta.

Al separarle rudamente de España, el Directorio precipitó un movimiento que se definía ya, de interés por su acción y su obra. En Francia, el actual presidente del consejo, el ministro escritor, M. Herriot, demostró, en un artículo de *l'Information*, que había leído a Unamuno. En Italia, las obras de éste han llegado a ser populares. Se le comenta en todos los círculos. Veremos quizá que los teatros más avanzados de Berlín y de Viena pondrán en escena sus dramas. Don Miguel afirma que la mejor traducción

de sus libros es la que preparan editores ingleses. En Alemania se publicarán próximamente, volúmenes suyos, en hermosas ediciones. Se le estudia, se le comenta en Budapest, en Moscú. En todas partes se sabe que frente a una oligarquía se ha levantado un espíritu libre.

Converso con don Miguel de mil asuntos en amable desorden; y, ante todo, de la Argentina que él conoce y ama. Le pregunto si irá a Buenos Aires a enseñar, a buscar reposo antes de consagrarse a nuevas tareas.

No creo, dice, poder abandonar Europa en estos tiempos turbados. Aquí, cerca de España, atalayo sucesos que no tardarán. Se espera el fracaso del Directorio. Quizá, como todos los proscritos, aspira el maestro a transmutar la realidad con el deseo y la esperanza. Caerá también el rey, insiste Unamuno, porque se ha asociado a un régimen de violencia. Se dice, en París, que don Miguel será el primer presidente de la flamante república española, como Castelar en una época tribunicia. Mi interlocutor no aspira a la acción pública. Después de la victoria, dejará a otros el empeño de organizar el país. Será, en el orden futuro de España, autoridad moral, simplemente.

Entonces, abandonará la Península y visitará Estados Unidos y los países del sur: las dos Américas; aunque una sola me interesa, dice, la ibérica en que pusimos nuestro sello de raza. Ciertamente, la del norte puede ufanarse de riquezas, de máquinas, de poder actual, pero carece de interés humano. Son subgermanos sus habitantes, nota el escritor, inferiores a Alemania en tantos aspectos de su existencia frenética. No se han elevado todavía a verdadera grandeza.

De Argentina conoce sobre todo a los escritores. Nadie ha olvidado que es asiduo lector de Sarmiento. Su predilección va hoy a Rojas, cuya *Historia de la Literatura* elogia. Admira mucho a Lugones. Empero, como profesor de griego, critica su traducción de la *Iliada*. Lugones no es griego, afirma, porque es desmesurado en toda su obra. Ustedes tuvieron en el Perú a un heleno en don Ricardo Palma, me dice, que recuerda a veces a Luciano. Si algo se enorgullece de saber don Miguel es la lengua que ha enseñado en tantos años operosos. Lee y relee a Tucídides, vive en constante comunión con los grandes escritores clásicos, sin olvidar a los latinos, entre los cuales creo que Tácito y Lucrecio le atraen particularmente.

Como Unamuno es filósofo viandante, abandonamos el hotel donde tiene este amante de vastas soledades lo que denomina su jaula y discurrimos por las avenidas. Demasiada historia en París, apunta mi ilustre compañero. En cada rincón el pasado nos abruma. Allí la muerte de los hugonotes, aquí el asesinato de un rey. Denme el espacio sin límites, la selva pura, el páramo, la montaña coronada de nieves perdurables. Creo que en América me interesarían más el Iguazú o los Andes que las ciudades tentaculares. Sin embargo admiramos juntos, al pasar, las perspectivas de la ciudad magnífica; y ante la cúpula que el sol envuelve todas las tardes en un crepúsculo de gloria, nos ponemos a meditar. París es siempre capital para almas inquietas, o espíritus en asueto.

Unamuno habla francés desde la infancia. Se ex-

presa con seguridad y elegancia, conoce los secretos de la lengua. Ama a la Francia ideal, norte de los espíritus libres, pero, al tratar al individuo francés, nota que le falta verdadera cordialidad. Estas gentes son frías, declara. Prefiere a los belgas. (En Bruselas pronunció una admirada conferencia). Como los representantes de las izquierdas, los periodistas de *Le Quotidien*, los sindicalistas como M. Jouhaux, han rodeado al maestro, creo que la gente oficial, los académicos, los profesores consagrados, se han abstenido de buscarle. Ha visitado a André Suarés que tan fervorosamente le admira. Trata a Paul Desjardins, a Georges Duhamel. Conversa con los hispanistas. Algunos de los más interesantes entre los escritores mozos están en relación con él. Se le sigue con respeto en el círculo de la *Nouvelle Revue Française*, a cuyos destinos preside un gran escritor, André Gide. En los escaparates de las librerías van apareciendo libros de Unamuno, en excelentes traducciones, sus *Ensayos*, sus *Novelas ejemplares*.

Nada sabe él de la nueva generación literaria del Perú. No le envían libros los jóvenes. Con simpatía recuerda a Clemente Palma. Está en afectuosa relación con los escritores que otoñan, los ha leído y los conoce. Me hace el elogio de Edwin Elmore, noble espíritu, y de su simpática cruzada.

El gran rector renuncia a hablar de España. Creo que se ha separado espiritualmente de muchos de los intelectuales de su patria, que halla peligrosa su resignación ante la dictadura. Menciono nombres. Hablo de libros. El calla. Parece decirme que aquí está *La España con honra*, título de un periódico que redactan él, Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega Gasset y otros desterrados. Ah! los sabios! exclama, y se refugia en un silencio entristecido. Alguna vez denunciará esa falsa sabiduría.

En cambio, vive enamorado de la inteligencia lusitana. Me repite admirables versos de Joao de Deus. Nadie ha exaltado más que él a aquel magnífico historiador, Oliveira Martins. Infatigable propagandista de sus predilecciones, va contribuyendo a que se enteren gentes nuevas de lo que se escribe en ese pequeño país desorbitado en política, pero capaz de elevarse a regiones donde domina el arte puro.

El pensamiento religioso, sus formas, la patética tristeza de los místicos, su inquietud mientras no reposan en el seno de Dios, la evolución de la teología fueron siempre preocupaciones del pensador español. En España, en América, me dice, parece que no agitará a las almas el problema capital del destino humano.

Alguna vez noté esa singular indiferencia conversando con Amado Nervo, quien preparaba un estudio sobre su compatriota santa y poetisa. Nadie se ha apasionado por Santa Rosa de Lima. No sé si su religiosidad es simplemente conventual, si es verdadera mística como otras mujeres de nuestra raza. Nadie se consagra a evocar esa figura, porque la santidad no es para el español irreligioso cuestión trascendental.

Con el pensamiento nos encaminamos a Alemania. Allí se escribe continuamente sobre la religión y las religiones. Pregunto al maestro su opinión sobre los últimos estudios de Cristología. Jesús está siempre de moda en universidades y seminarios. Un-

uno me elogia la obra de Holtzmann. De otros aspectos de la actividad tudesca no parece satisfecho. El libro de Spengler sobre la decadencia de occidente, objeto de tantos comentarios, no le entusiasma. Prefiere a Keyserling. Lee actualmente la obra capital del vidente, el Diario del filósofo que visitó la India para traer a Europa en crisis la lección de una vieja sabiduría.

Nos despedimos. Me separo de este hombre de Dios. Vasco total, como Zuloaga y los Zubiaurre, se conserva extraño a preocupaciones secundarias. Busca gravemente razones para vivir, opone su formidable individualidad a la rutina, al prejuicio, a caducas tradiciones. Triste, solitario, en medio de las inquietudes de su patria, no desespera. Ante todo, libertad y luz; libertad en la luz, decía Víctor Hugo, al saludar la edad venidera. Después vendrán los constructores y se animarán las osamentas. Siempre que visito a Unamuno hallo a una voluntad inconquistable. Todo antes que el silencio, la tiranía o una culpable aceptación. Escribiendo, añorando, leyendo a los grandes escritores ingleses, sin que le interesen particularmente el esfuerzo francés, ideas y hombres, vive el reformador.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

París, febrero de 1925.

(*El Comercio*, Lima).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	¢ 1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
L. Lugones: <i>Las industrias de Atenas</i>	5.00
Juan Zorrilla de San Martín: <i>El sermón de la paz</i>	6.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Sobre los problemas sociales</i>	6.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00

Réplica a los pesimistas ⁽¹⁾

—De *Inter-América*, Nueva York.—

Si nuestros funcionarios e instituciones públicas son tan poco satisfactorios y lo han sido todavía menos en cada una de las generaciones pasadas, ¿cómo es que los Estados Unidos se encuentran hoy a la cabeza del mundo en todo respecto, indudablemente en todo respecto en sentido material? Observemos hechos relevantes. Su riqueza es tan grande como la de los estados de la Europa central y occidental que cuentan el doble de población; sus rentas nacionales se equiparan con las de estos estados, calculándose que un sesenta por ciento corresponde a individuos que tienen entradas de dos mil dólares o menos y que un cincuenta y dos por ciento del total es la proporción que corresponde a jornaleros. Sus recursos bancarios equivalen a la riqueza de Francia antes de la guerra. Veintiocho millones de individuos en los Estados Unidos tienen ahorros que ascienden a más de dieciocho mil millones de dólares, frente a ochenta millones de personas en Europa cuyos ahorros suman nueve mil millones de dólares, o sea un promedio de seiscientos cincuenta dólares por persona aquí contra cien dólares por persona en Europa. Tenemos aquí setenta y dos millones de pólizas de seguros por valor de cincuenta y cinco mil millones de dólares, total superior al de las pólizas de todo el resto del mundo. La nación posee cerca de las dos quintas partes de la extensión de las vías férreas que surcan el globo, y estos ferrocarriles pertenecen a más de ochocientos sesenta mil personas, agregándose un millón más de individuos interesados pecuniariamente en la empresa en su calidad de tenedores de bonos. Los Estados Unidos poseen la mitad del oro del mundo, el ochenta y tres por ciento de automóviles y el sesenta y tres por ciento de teléfonos. Más de doscientas noventa mil personas son propietarias de la American Telephone and Telegraph Company, y hay veinte mil tenedores de acciones corrientes y más de ciento treinta y siete mil tenedores de acciones preferidas de las compañías limitadas, además de ciento sesenta y cinco mil personas pecuniariamente interesadas en su calidad de tenedores de bonos del Bell System. Es interesante observar que, entre los empleados del sistema de Bell de teléfonos, más de cuarenta y siete mil son accionistas de la empresa, y cien mil están en vías de adquirir acciones. Hay ciento cincuenta y cinco mil propietarios en las corporaciones del acero, y muchos millones de tenedores de bonos del «empréstito de la libertad». La riqueza está democratizada en los Estados Unidos, y las compañías de seguros, transporte y comunicaciones pertenecen al pueblo.

Más de once millones de familias de la nación, compuestas de más de cincuenta millones de personas, son propietarios de sus viviendas, y tres millones y medio de agricultores poseen haciendas que comprenden más del sesenta y cinco por ciento de los terrenos de propiedad particular. Las casas y el territorio nacional pertenecen al pueblo.

Los Estados Unidos gastan en la educación más que todas las naciones juntas de la tierra de las cuales me haya sido posible obtener estadísticas. El pueblo todo tiene derecho a la educación, y la educación se mantiene para beneficio del pueblo.

Y, sin embargo, esta nación cuenta solamente ciento diez millones de habitantes. Europa cuenta con cuatrocientos setenta y seis millones. ¿Cómo se explica esto?

La primera parte de la respuesta fué dada por Washington cuando dijo:

La unidad de gobierno que hizo un solo pueblo de vosotros (esto es, un pueblo extendido en un territorio inmenso, con franquicias para el tráfico, las comunicaciones, el comercio y la utilización de los recursos naturales) es amada también ahora por vosotros. Y con muchísima razón, porque constituye la pilastra principal del edificio de vuestra real independencia; el sostén de vuestra tranquilidad nacional, de vuestra paz en el extranjero, de vuestra seguridad, de vuestra prosperidad, de aquella libertad de que tanto os preciáis.

Comparemos este cuadro con el de Europa, donde veintiseis naciones ocupan un territorio muy poco mayor que el nuestro, catorce de las cuales tienen un promedio de extensión menor que el área de la Carolina del Sur y un promedio de población menor que la de Ohio: ¡veintiseis compartimientos de concentración económica, con su emulación, su política nacionalista, sus barreras de aduana, su hostilidad de ánimo y su fuerza militar respectivas! ¿Podéis imaginar a esta nación impulsando sus negocios, dividida en veintiseis compartimientos de esta índole? Supongamos que Nueva Jersey tuviera un gobierno separado, con todos los concomitantes europeos. ¿Podríamos llevar a buen éxito negocio alguno? Si hubiéramos tenido que luchar en condiciones semejantes desde el principio, estaríamos hoy tan atrasados industrialmente como la mayor parte de las naciones europeas, y mientras Europa no encuentre el medio de efectuar algún arreglo, continuará suicidándose en sentido económico.

La segunda parte de la respuesta se encuentra en la esencia de nuestras instituciones y costumbres. Se encuentra en nuestros principios de respeto por la ley y por la autoridad del pueblo y en la aquiescencia y voluntad de la mayoría expresadas en la forma regular,

Lincoln dió la tercera y más liberal respuesta cuando manifestó que lo que había mantenido y hecho fuerte a la nación era la promesa de que se aliviaría más y más la carga que abrumba al hombre ordinario, que se le darían iguales facilidades, y que tendría oportunidad de elevarse en la vida y gozar del fruto de su trabajo; en otras palabras, proclamó la democracia, con su equitativa consideración por el hombre ordinario.

La democracia, empero, con su interés por el hombre ordinario, es todavía cosa nueva y sumamente rara en el mundo. Consiste principalmente en la actitud mental, pero requiere asimismo expresión concreta. Tan sólo existe en proporción razonable en los Estados Unidos, Suiza y en ciertas colonias del Imperio Británico. Hay muchas pruebas de la existencia de la democracia en esta nación y hay muchas pruebas de su ausencia en gran parte de la

(1) Véase la entrega N° 3, del tomo en curso.

Europa continental. No existe todavía en la mayor parte de Europa. La condición esencial de la civilización, según la entendemos nosotros, no se encuentra allá. Walter Page escribió:

La civilización significa la difusión de todo aquello que tiende a elevar al hombre ordinario. El simple derecho de votar y de aspirar a todos los puestos no es democracia. Estos son solamente detalles: la igualdad de oportunidades es lo que constituye la democracia. Por consiguiente la idea que se nos ha infundido de que Europa es el centro de la civilización en general es pura insensatez. Europa se convierte periódicamente en un matadero; Europa es medieval; las masas de Europa son estúpidas como rebaños.

¿Qué interés demuestran por el hombre ordinario las naciones de la Europa meridional y oriental de donde proviene más o menos la mitad de nuestra población extranjera? Las estadísticas de la educación son luminosas. Revelan que las masas populares de aquellas secciones de Europa están todavía sumidas en la ignorancia. El analfabetismo reina desde el treinta y tres por ciento en Hungría y el cincuenta y nueve por ciento en España hasta el sesenta y nueve por ciento en Rusia y el setenta y nueve por ciento en Serbia. Mientras Europa no comprenda que sus hombres y sus mujeres constituyen sus principales recursos inexplorados y no tome medidas para remediar estas condiciones, continuará cometiendo un suicidio económico y perpetuando las causas del desorden.

No quiero decir que la educación dé necesariamente la medida del mérito intrínseco y de la responsabilidad. No se puede sacar algo de la nada, pero la educación es una prenda de valor enorme para la persona que posea aptitudes. En cualquiera nación, una proporción elevada de analfabetos constituye una tacha para los gobernantes y para el pueblo. Es sintomática de muchas cosas y da lugar a preguntarse si existe algún desequilibrio fundamental en el pueblo que, a través de tantos siglos, no ha logrado obtener de sus mandatarios las facilidades necesarias o ha carecido del deseo y valor de procurarse por sí mismo aquello que necesitaba.

Obsérvese en los Estados Unidos cierta aprensión con respecto a la preponderancia que se otorga a la educación. Se insinúa que existe entre nosotros la tendencia a la demasía en la instrucción, que no quedará nadie para desempeñar labores rudas en el país, y que necesitamos reemplazar constantemente nuestra población trabajadora con operarios ignorantes de otras naciones. Una comisión de la American Bankers' Association declaró recientemente que el ciudadano educado de los Estados Unidos persigue empleos o profesiones de «cuello almidonado», dejando que el país dependa de operarios extranjeros para el manejo del pico y la azada. La Italian Ministers' Association de la ciudad de Nueva York hizo presente hace poco su oposición a las pruebas de inteligencia, en razón de creer que «los analfabetos son los mejores jornaleros» y que «los individuos más acreedores a censura han recibido, por lo general, alguna educación». Tal declaración es significativa, partiendo de fuente semejante.

Estas personas aprenden más de lo que la experiencia enseña. Muestran un optimismo exagerado

en cuanto a la inherente habilidad de las masas y a las maravillas que puede realizar la educación. Sospecho que no estamos en peligro de que, en una población de decenas de millones, cada individuo se convierta en jefe de industrias. Nada nuevo hay en tales conceptos y argumentos. Son tan antiguos como la esclavitud. Abraham Lincoln puso de manifiesto su falacia, hace setenta y cinco años, cuando dijo:

Esta teoría brutal declarará que el trabajo manual y la educación son incompatibles y que toda combinación práctica de ambas es imposible. De acuerdo con esta teoría, un caballo ciego de noria constituye un ejemplo perfecto de lo que debería ser un jornalero: tanto mejor por ser ciego, pues no podrá patear de manera inteligente. De acuerdo con esta teoría, la educación del pueblo es no solamente inútil, sino perniciosa y peligrosa. En efecto, se juzga en cierto modo una calamidad que los operarios estén dotados de cerebro. El cerebro de esta gente se considera material explosivo, que sólo puede guardarse con seguridad en lugares nebulosos, tan aislados como sea posible de la clase peculiar de fuego que lo inflama. El yanqui capaz de inventar un hombre sin cerebro y con brazos vigorosos se conquistaría la gratitud eterna de todos los que abogan por aquella teoría.

El trabajo libre, empero, dice: «No». Todo cerebro debe ser cultivado y perfeccionado por cualquier medio que conduzca a aumentar su capacidad para desempeñar su oficio. En una palabra, el trabajo libre insiste en la educación universal.

Yo estoy de acuerdo con Lincoln. No estoy dispuesto a abandonar mi atesorada creencia de que solamente por medio de la verdadera educación puede esperarse que las masas humanas alcancen nivel más alto de vida, eficiencia y bienestar, y se aseguren la estabilidad y permanencia de las instituciones democráticas. «La mente educada es el genio protector de la república». El pueblo de una nación puede estar mala o erróneamente educado, pero jamás podrá estar excesivamente educado. He conocido personas que hubieran recibido mala educación, pero nunca he encontrado a nadie que tuviera exceso de educación. Afrontaré de buena gana el peligro de una nación educada hasta el exceso y correré el riesgo de que encuentre el medio de desempeñar labores rudas en forma mejor y más hacedera, pero no deseo afrontar los azares de una democracia basada en hordas de ignorantes jornaleros. Rechazo el concepto de que una nación, para ser próspera, necesita perpetuar la ignorancia: el precio de la prosperidad sería demasiado elevado. Ni tampoco acepto la teoría de que con el aumento de población será más fácil atender a las tareas nacionales. Mayor población no significa menos labor; sucede precisamente lo contrario. Una nación consume a medida que crece.

DAVID F. HOUSTON

(Concluirá).

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Sonetos del campo

1

Toda sin sol la colina.
Tirita el verde pastal
cuando sube la neblina
con su pereza otoñal.

Canta menos cantarina
el agua del manantial,
y en la sombra se adivina
que tiembla el cañaveral.

Su rezongo lastimero
dice un pájaro agorero
que hace nido en un quillay,
y la gente se persigna
porque su voz es maligna
cuando tibio sol no hay.

2

A JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS.

¡Una brasa la campiña!
Quema tanto su verdor
como una boca de niña
que no ha mordido el amor.

Las hileras de la viña,
en su andar de caracol,
van a que el río las ciña
y les quite algo de sol.

El viejo rancho pajizo,
casi ardiendo, ve el hechizo
del agua pasar veloz.

Y hasta un caminito blanco
baja corriendo al barranco
para esconderse del sol.

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS,

(Del tomo *Amaneció Nevando*. Santiago de Chile).

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

UNA CENTURIA LITERARIA

(Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbagelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar ₡ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

La romanza del mal estudiante

A los muchachos de la Falange de Acción Cubana.

¡Estoy enfermo de uniformidad!
¡Oh, mis días de hotel y de Universidad!

Los tranvías azules venían del Vedado...
Y yo era un estudiante desaplicado.

Todo era monótono, igual, y yo quería
un claustro alegre como una pajarería.

Me enferme de retórica, de absurdo... y de derecho...
Y yo me preguntaba a menudo: ¿qué has hecho,

imbécil? Los enormes laureles y la flores
sabían más que los más sabios profesores.

No más paralelismos... Basta de geometría,
de varas de medir para la poesía.

Muchachos: rechazad los dómimes ignaros,
y dadme la oportunidad para abrazaros.

AGUSTÍN ACOSTA,

Jagüey Grande, 1925.

(El Figaro, Habana).

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,
Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja,
Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA